

— Con retraso —

CARTA A JOSE MARIA PEMAN

Por JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ-LOZANO

Tú que estás en los cielos, ¿por qué no te acercas por Sevilla para ver cómo beatifican a Sor Angela de la Cruz?

Verás; es que no sé lo que pasa alrededor de tu nombre, algo que no me explico para no ser mal pensado. Diríase que Cádiz y Jerez, la plaza de San Antonio y «El Cuco» se han quedado huerfanitos desde que tú no estás.

Aquí en Sevilla va a haber jolgorio y en grande. ¡Figúrate, hasta va a venir el Papa! Un Papa al que tú no conoces porque es polaco y de los buenos, de los de Sienkiwcz. Qué buenas migas hubieras hecho tú con Juan Pablo II y cómo le hubiera gustado a él verte y sentarte a su vera. ¡No veas la polvareda que se organizó con el viaje dichoso! Por eso he releído aquellos versos tuyos que un día lanzaste en noche de lavantanera:

«Me duele España en mí, como si fuera
carne en mi carne; siento
como el temblor de un viejo tronco al viento
o el desasirse de una enredadera».

Aquí y por estas calendas sólo se chamuya de otros patriarcas. Desgraciadamente ha discurrido todo un verano y no habló nadie de ti. Triste, pero cierto. ¿Dónde están tus amigos? ¿Y los míos?

Es tiempo de ruineras, de olvidadizos y de tironeros. Todo se ha vuelto piojo de pobre. El pobretería profesional ha vuelto a la Polvera y a la calle Sierpes. Está en paro hasta el pastor, como dice uno de los pocos sobrevivientes del «Sport».

La gente que te halagaba tanto ahora se despepita con los advenedizos, que lo pasan por todo lo alto. ¿Por qué despliegan sus velas al viento del olvido como si tú hubieras hecho algo malo? Cuando todo lo andaluz está de moda, tú que diste tu vida, tu genio a los andaluces, a los que cantaste con honrada, ¡qué pena penita pena!, pasas aparentemente por un silencio sepulcral, cuando tu obra está viva, más viva que nunca. Son ellos, los vivales, los que son unos muertos en vida.

Maestro: mendaces tronitantes como algunos ecologistas, verdes por fuera, rojos por dentro, ni te mencionan, porque no les conviene a su fariseísmo. ¡Serán bellacos!

José María, no te veo desde aquella noche inmemorial en que sentado en granate sillón —tan solemne como solitario— estabas en el Patio de la Montería, aquí en el Alcázar de Don Pedro el Cruel. La parroquia hacía cola ante unos jóvenes Reyes para saludarles. Acababan de pasar de Príncipes a Sobranos. Eran los mismos, pero eran distintos. Sólo tú, José María, eras el de siempre. ¿Recuerdas cuando te hicimos compañía Guillermo Luca de Tena y el guardia que suscribe? ¡Qué solo estabas! Me acordé y no poco de Benavente y «Los intereses creados».

Pero no quiero echar más ajo al pique. ¡Ah, se me olvidaba! Sabrás que se nos fue hacia esos cielos que tú ganaste, el «Obispo», ése que tú fraternalmente conocías, Manolo González Gordon, el último patriarca de Jerez. El que gracias a Dios y a la Constitución sigue entre nosotros, es el otro Manolo, el de Sanlúcar, Barbadillo, el poeta imaginero de la Casa de la Silla. Sigue tan campante y este domingo lo habrá pasado bomba porque Paco Ojeda ha estado monumental en la Maestranza.

Por lo demás, ahora que todo el mundo es poeta andaluz, a ti ni te mientan. ¿Por qué será eso? De Cádiz no te digo nada porque como temían en Puerta de Tierra y en la plaza

del Mentidero —¡qué nombre más político!— ya todo cambió y hay quien se perece por un cundi.

¿Qué decirte de Jerez? La «liá» que han «organizao» y cómo se ha «perdió» el respeto la clientela en plena Fiesta de la Vendimia. Y tus parientes, los pobres de los Domecq, las han pasado ducas. Me acordé mucho de la «Lirio», aquella que cantaba la Piquer. ¡Con decirte que hasta el alcalde se «ensotó»! Hasta hubo alguna que otra «bofetá de cueyo güerto» y toque de federala, según su murmurío.

De aquello del Mercado Común, ni mijita. No hagas caso de lo que te digan del tema. Como cantan en el tanguillo «eso dicen pero cá». Los franchutes están en esto como estuvieron ante las «murayitas» de Cádiz: hechos unos «esaboríos» de tomo y lomo.

De la carretera a Huelva nunca más se supo. A veces me pregunto si no hay más parados porque no se hacen carreteras como la de Huelva o si no hay nuevos caminos porque la gente prefiere «er suicidio» del paro.

A propósito, ¿sabes que aquí tenemos nuevo arzobispo —franciscano él— que es Amigo por todo lo alto? Tiene ángel y simpatía para parar siete vapores. Confío que, por lo menos, puedas echar una ojeadita desde tu apartamento celestial para ver cómo «Madre» asciende camino de los altares. ¡No veas cómo están las Hermanitas de la Cruz de «alborotás»! ¡Las tengo aquí tan cerquita de mi casa... Como tú propusiste, al Papa lo van a llevar a la Feria de Sevilla, y le van a ofrecer tus versos, que no en vano el Pontífice está muy versado en San Juan de la Cruz.

No me extiende más porque sopla viento foreño. Lo que se llama llover, no llueve. Lo que cae es eso que en Aragón llaman «andalucía», cuando llueve intermitentemente. De dineros ni te hablo. Hay pocos y caros, y en vista de que estamos hasta los ojos, nos vamos a entrapar más con nuevas elecciones. Tiempo de dítelos, con eso te digo «tó»: que cuando no haya «pa tós», habrá «patás». ¡Dios nos libre!

Perdona, José María, patriarca y amigo del alma mía, pero voy a tener que rematar esta carta, que va a resultar más larga que un día sin pan, y, disculpa tú a los desagradecidos

que son unos «desnortaos»: por la misma vara que te miden a ti, los medirán a ellos. Pero tú, ¡firme sobre tus estribos celestiales!

UN PROBLEMA REACTIVADO

POR JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ-LOZANO

Cuando se contemplan en nuestros días las complicadas estrías que presenta en Francia la reactivación del problema de la libertad de enseñanza, con los embates que la izquierda imperante promueve, es como si la historia hubiera retrocedido en el tiempo.

Francia, que había superado ya la crisis planteada por los sacerdotes obreros —secuela de la «Resistencia»—, retrocede a los tiempos de Mateos Gago, aquel polemista catedrático en Sevilla.

En el país vecino imperaba a la derecha «L'Action Française», tan apasionada como apasionante con Leon Daudet, Charles Maurras y Jacques Bainville, que defendían ideas análogas a las del tradicionalismo español. La diferencia estribaba en que «L'Action Française» basaba sus conclusiones con argumentos puramente racionalistas y prácticos, por lo cual hubo enfrentamientos con los teorías sustentadas por Pío IX y León XIII. Entre no pocos empirismos, la verdad es que en aquellas calendas los estudiantes que seguían a Acción Francesa, llegaron a adueñarse del barrio Latino en París, donde nació la revuelta de 1968, en nuestros días. Aquellos estudiantes, seguidores de Acción Francesa, gritaban «Vive le Roi», enfrentados a la prensa republicana y radical que regía Eduard Herriot, un político que se negó al cabo de los años a colaborar con el general De Gaulle para sanear el país, mitigar heridas y fundar la V República que todavía rige los destinos de Francia, ahora en manos de François Mitterand, ex alum-

no de los jesuitas y antiguo miembro de Acción Católica, pero después alejado de la Iglesia.

Fue una época dura para la III República, que condujo a Francia a la ruina, en la que hubo manifestaciones en la Vendée nutridas por millares de ciudadanos que seguían a la bandera tricolor con las flores de lises realistas y el Sagrado Corazón, coincidiendo con las reacciones de Alsacia y Lorena, que sufrían en sus carnes los ataques a su libertad religiosa desde las elecciones de 1924, ganadas por Herriot.

Los consejos de León XIII a los católicos franceses para que aceptaran a la República —el «ralliement»— levantaron una gran polvareda. La «Acción Francesa», en su periódico —que no era oficialmente católico—, insertaba un anuncio de «Le libéralisme est un péché», obra que originalmente se había editado en España, entre comentarios muy ásperos, libro debido a la pluma de Félix Sardá y Salvany.

Nada menos que el cardenal de Burdeos, monseñor Andrieu, respondiendo a la pregunta de si los jóvenes podían leer «L'Action Française», mantuvo la tesis de que «su lectura era peligrosísima». Lo más notable es que la postura del cardenal de Burdeos fue ratificada a renglón seguido por Pío X. Charles Maurras, respetuosamente, elevó una réplica al Pontífice que no encontró eco en Roma. Los miembros de Acción Francesa solicitaron a la autoridad eclesiástica que la jerarquía designara asesores en cada sitio para «velar por la pureza doctrinal de sus enseñantes». Algunos preladados aceptaron, pero el Nuncio acabó suprimiendo tales misiones y los nombramientos quedaron anulados.

Fue entonces cuando terció un joven filósofo católico, Jacques Maritain, quien convertido por el padre Clárissac, para pasmo de tirtios y troyanos, acabaría acercándose a «L'Action Française» y publicando un libro titulado «Une opinion sur Charles Maurras et les devoirs des catholiques» que causó gran impresión. Roma, discretamente, hizo ver su desacuerdo y Maritain dio a las prensas otro tomo sobre «Primauté du Spirituel», tomo de aires filosóficos, en el que hablaba ya del derecho del Papa a intervenir en política, y al que siguió otra obra, titulada «Pourquoi Rome à parlé», más conocido por

el «Libro de los Seis» —eran seis los autores—, en los que la tesis romana de que el Pontífice podía intervenir en política quedó subrayada. Lo que ha llovido de entonces acá y a la vez cómo las drásticas posturas socialistas en Francia reactivan el clásico pleito de la enseñanza libre en las escuelas católicas, tema candente que estaba superado y que hogaño se reactiva allende y aquende los Pirineos bajo análogos gobiernos.

Pío XI, en el discurso navideño de 1926, señaló que de una manera terminante, el movimiento de Acción Francesa quedaba condenado. «L'Action Française» replicó con palabras de San Pedro: «Non possumus», alegando motivos patrióticos que constituyeron en su última época la base doctrinal de la publicación y sus seguidores.

El descendiente del conde Maistre, autor de la obra «Le Pape» fue excomulgado por leer «L'Action Française», y el entierro del presidente honorario de los «Camelots du Roi», el barón Tristán Lambert, muerto a los ochenta y tantos años, dio lugar a nuevas fricciones. Había sido antiguo zuavo pontificio, era caballero de la orden de San Gregorio el Magno y seguía oyendo misa diaria pese a estar condenado por leer el tan discutido diario galo. A los diez mil fieles que asistieron a su entierro, les precedía una cruz de madera entre rezos masivos, lo que hizo que se insistiera en la campaña izquierdista, pese a lo cual un sacerdote desconocido presidió el sepelio.

En Roma también hubo eco, ya que el cardenal francés Billot, jesuita, renunció a la púrpura, cosa que no ocurría en más de un siglo: había escrito una carta sobre el conflicto —para el que no había sido consultado— en la que figuraba la frase «hora est potestas tenebrarum». Hubo diatribas sobre el secretario de Estado, el español Merry del Val, que había sido canciller de San Pío X. Y el director del Seminario Francés en la Ciudad Eterna, fue destituido.

Georges Bernanos, cuya fama después fue universal, escribía: «Comienza una nueva invasión modernista y ya se ven sus avanzadas. Cien años de concesiones y equívocos han permitido que la anarquía penetre profundamente en el clero. La

causa del orden ya no puede contar con un gran número de esos «*primaire déclassés*», y creo que nuestros hijos verán el grueso de las tropas de la Iglesia del lado de las fuerzas de la muerte. Yo seré fusilado por sacerdotes bolcheviques que llevarán el «contrato social» en el bolsillo y la Cruz sobre el pecho». Bernanos, educado en un colegio de jesuitas, fue uno de los primeros «*camelots du Roi*» al servicio de «*L'Action Française*» y se hizo de fama con su novela «*Sous le soleil de Satan*» (1926), de un misticismo trágico, cuyo protagonista es un sacerdote tentado por la desesperación. Cobró su mayor prestigio internacional con «*Diálogo de carmelitas*», llevado al teatro y a la pantalla.

Hoy, al cabo de los tiempos transcurridos desde Bernanos, la batalla clásica desde la Revolución francesa, recobra bríos bajo el septenado presidencial de François Mitterand, ya que la izquierda retorna a su tradicional embate para impedir la libertad de enseñanza que pone en un brete las relaciones entre católicos e izquierdistas, allá y acá, conflicto que se había dulcificado bajo Giscard d'Estaing.

Todo es confusión en Francia cuando un régimen jacobino, contradiciéndose a sí mismo, predica las autonomías locales girondinas, cuyos primeros valedores eran católicos tradicionalistas monárquicos y antirrepublicanos, al tiempo que en nuestro país acaece algo parecido.